

á estos misterios con fe muerta, sin reparar ni ahondar lo que hay en ellos, y así ningún provecho sacan. Otros, como los pastores, entraron movidos de Dios, y con viva fe adoraron al Niño y sacaron grandes provechos; pero no se quedaron allí, antes se volvieron á sus oficios; así obran aquellos justos que á tiempos se dan á la oración y contemplación de estos misterios, mas de allí salen para cumplir con sus ministerios y mover á otros á que busquen y conozcan á Dios. Otros, en fin, como san José y la Virgen, siempre estuvieron en el portal asistiendo al Niño y sirviéndole con amor, y conservando en la memoria todo lo que veían y oían, confiriéndolo en su corazón con grandes afectos de amor, gratitud y admiración; así obran los que despacio se dedican por algunos días á la contemplación de estos misterios, ocupándose atentamente en estas conferencias espirituales. ¡Dichosos los que de esta manera pueden y saben asistir al Niño en el pesebre! ¿Somos nosotros de estos afortunados? ¿Á cuál de estas clases pertenecemos? ¡Oh Virgen soberana! Ayúdame á conferir dentro de mí mismo lo que la fe me dice de vuestro Hijo y lo que Vos conferíais de Él en vuestro corazón¹, para que, imprimiéndolo en mi espíritu, nunca me aparte de su presencia, ocupándome de continuo en su conocimiento, amor y servicio.

Epílogo y coloquios.— ¡Cuán envidiable fué la suerte de los devotos pastores! Porque no sólo tuvieron la dicha de recibir la revelación angélica, sino que correspondieron fielmente á los intentos de Dios al enviársela. Con caridad se estimulan y animan unos á otros, con puntualidad obedecen á los deseos de Dios, sin esperar manifiesto precepto, y con fervor santo ejecutan su resolución, acudiendo presurosos al lugar que les había dicho el ángel. ¡Felices israelitas, que lograron ver al que no habían podido contemplar sus antiguos patriarcas, á pesar de sus intensísimos deseos y ardientes suspiros! ¡Qué sentirían estos afortunados pastorcitos cuando se hallaron ya en la presencia de aquel divino Niño! ¡Qué palabras le dirían! ¡Qué afectos embargarían su espíritu! ¡Qué ofrecimientos le harían! ¡Qué pláticas tan dulces trabarían con la Virgen! ¡Y cómo se admirarían de verla tan tierna, humilde, santa y tan favorecida y regalada del cielo! ¡Cómo envidiarían santamente la suerte de ésta Señora y de san José, los cuales no se separaban un instante del lado de su divino Hijo! Verificados estos obsequios, volviéronse á sus rebaños los pastores, lleno su corazón de júbilo, su alma de riquezas espirituales y su voluntad de firmes deseos de no olvidar jamás esta visita. Y aunque á todos contaron lo que habían visto, y ninguno dejaba de admirarse de ello, unos fueron al portal, otros no, y todos dejaron solos á la Virgen y á san José en compañía del Niño. Y tú, ¿no los acompañas? ¿No te esfuerzas en pasar la ma-

¹ Luc., II, 19.

yor parte del tiempo posible en conversar con Jesús en la oración? ¿De dónde nace la repugnancia que á este ejercicio experimentas? Examínalo bien, y para vencerla, haz firmes resoluciones y pide la gracia de ponerlas en práctica. No olvides el rogar por todo lo que te ha sido encomendado.

39.—CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.º Representémonos el portal de Belén, viendo el pesebre, la paja, el Niño sobre ella tendido, y observando todo lo que allí pasa.

PRELUDIO 2.º Pidamos afectos santos de devoción, amor, reverencia y acción de gracias.

Punto 1.º Aplicación de la vista interior del alma.—Con la vista interior de tu espíritu contempla afectuosamente todo lo que pasa en la cueva de Belén. Mira todo lo que se ve en el lugar: es solitario, retirado de la ciudad, pocas son las personas que por él pasan; un miserable cobertizo, en el cual entra el que quiere, sin puerta ni cerradura, sin abrigo, expuesto al viento, lluvia, frío y demás inclemencias. ¡Con todo, este es el palacio del Rey de la gloria! Mira luego á Dios hecho hombre, aposentado en este establo de bestias, y encoge tus hombros con admiración y pasmo de tan profunda humildad como resplandece en un Señor de tanta majestad. Fija tu mirada en el hermosísimo Infante, que tendido se halla en el pesebre; es blanco y rubicundo, escogido entre millares¹; para hacerse amar se ha hecho niño, porque los niños son de ordinario más amables por su candor é inocencia. Mira su corazón que, aunque pequeñito en las dimensiones materiales, es infinito en la capacidad, y arde en amor á su Padre y en deseos de tu salvación; de sus ojos brotan abundantes lágrimas, que derrama, no tanto por sus dolores, cuanto por tus pecados, ofreciendo á su Padre su propia vida para librarte de ellos. Contempla también junto al pesebre á José y á la Virgen, mirando con profunda veneración al Niño tiernecito que en él está tendido; unas veces le besan con amor, otras se hincan de rodillas delante de Él y le adoran con reverencia; ya le hablan con cariñosos afectos, ya le enjugan piadosos sus lágrimas. Contemplando todo esto, despierta en tu alma vivos deseos de practicar las virtudes, cuyos brillantes ejemplos estás viendo en el portal. ¡Oh tierno Niño! ¡Oh cariñosa Madre! ¡Oh afortunado José! ¡Quién tuviese la dicha de hallarse en vuestra dulce compañía y sentir los santos afectos que sentís! Bienaventurados son, Señor, vuestros siervos, que están en vuestra compañía y habitan en vuestra casa; por los siglos de los siglos os alabarán. Sea yo uno de ellos, y no consintáis que nunca me aparte de Vos.

¹ Cant., V, 10.

Punto 2.º *Aplicación del oído y olfato espiritual.*—En este punto, puesto con la imaginación en la presencia de Jesús niño y de la Virgen y san José que están en el portal, al modo que un pobrecito está delante del rico, mirándole si le alarga una limosna, ó como decía la cananea ¹, á la manera que los cachorritos están junto á la mesa enclavados sus ojos en los que comen en ella, esperando que les echen un pedacito de pan para comer, escucha primeramente las palabras que el divino Niño habla con su eterno Padre, y los amorosos coloquios que tiene con Él sobre el negocio de nuestra salvación, alegrándose de oírlos y aprovechándose de ellos; oye también los dolorosos gemidos que da, y llora con dolor tus pecados, que así le hacen suspirar; y atiende á lo que te diría, si quisiera hablarte desde el lugar donde está: cómo reprendería tu soberbia, vanidad y curiosidad en el vestido; cómo te exhortaría á que te hicieras niño, y te presentaría, y ofrecería al servicio de su eterno Padre. Luego has de oler con el olfato del alma la fragancia celestial que sale de este Niño y de sus virtudes. Este olor recrea infinitamente al Padre Eterno, el cual diría, lo que de Jacob su hijo, decía el patriarca Isaac: «El olor de mi hijo es como de campo lleno de flores, al cual bendijo el Señor». También con este olor se recrean y alegran los ángeles y las almas justas, las cuales dicen como la Esposa de los Cantares ²: «Correremos en pos de ti al olor de tus unguentos». Y así como los defectos y vicios despiden un hedor tan intolerable que aflige, desvanece y provoca á vómito, y este hedor está muy lejos de aquel santo lugar en donde están Jesús y María, así el olor de la virtud alegra, conforta y despierta deseos de adquirirla en los que la contemplan. ¡Oh dulce Niño! Vuestras vestiduras, que son vuestras obras, son como un campo de flores muy olorosas; vestídmelas con ellas, para que yo huelga bien á vuestro Eterno Padre, y por Vos me dé la bendición que por ella merecisteis. Sienta mi alma la fragancia de vuestros divinos olores para que corra tras Vos, imitando vuestras virtudes, hasta que llegue á gozar el premio de ellas.

Punto 3.º *Aplicación del gusto y tacto espiritual.*—En este punto, con el gusto interior del alma, has de gustar la suavidad y dulzura de aquel benditísimo Niño y de sus virtudes, y ¡cuán dulces eran para Dios y para Él mismo, y cuánto lo son para todos los que las ejercitan imitándole! ¡Qué gusto sentiría el Padre Eterno en mirar las virtudes de su Hijo, y qué gusto tenía el Hijo en darle contento en todo! ¡Oh qué dulzura sentía este Niño benditísimo en verse pobre, despreciado y recostado en un pesebre de animales! ¡Cuán dulces y suaves le eran las lágrimas que derramaba, y cuán sabroso el cumplir en todo la voluntad de su Padre, mucho más sin comparación que la leche que

¹ Matth., xv, 27. — ² Genes., xxvii, 27. — ³ Cant., i, 3.

tomaba en el pecho de su Madre! ¿Hallas tú gusto en las cosas que gustan á Jesús? ¿Te repugnan aquellas que á Él disgustan? Porque á este Niño divino, así como le es sabrosa la virtud y mortificación, así le es amarguísimo el vicio, la soberbia y sensualidad; y los que pecan le dan á beber vinagre, como los soldados en el Calvario. Finalmente: con el tacto espiritual toca las vestiduras de aquel Niño, el heno de aquel pesebre, la tierra de aquel portal, besándolo y abrazándolo con tu corazón, despertando en ti grande estima de todo ello, y escogiéndolo para ti como cosa de grande precio. Si te atreves, llégate al Niño, y pídele permiso para besarle los pies y abrazarte con ellos, y llorar allí tus pecados como la Magdalena, pidiéndole perdón de ellos. ¡Oh Jesús dulcísimo! Dadme licencia para acercarme á Vos y deciros que quiero amaros con todo mi corazón. Confieso que por mis pecados no merezco besar la tierra que pisáis ni presentarme delante de Vos. Mas, pues el amor hace semejantes al amante con el amado, quiero asemejarme á Vos, gustando de lo que gustáis, detestando desde hoy lo que aborrecéis, y vistiéndome de las virtudes con que os vestís, para subir á contemplar la gloria infinita de que disfrutáis.

Epílogo y coloquios. ¡Oh alma devota! Penetra con la consideración en el sagrado portal, y vuelve tus ojos hacia el vil pesebre donde está reclinado Jesucristo, tu Rey, tu Padre y tu Dueño. ¿Qué descubres? La Majestad infinita de Dios y los tesoros inmensos de su sabiduría y bondad escondidos en un tiernecito Niño, que no habla, que llora, que en la apariencia no es más que los otros niños de su edad: los ángeles, que le adoran: María y José, que le sirven: al mismo Padre Eterno, que le mira complacido. ¿Qué oyes? Músicas celestiales de los ángeles, llanto amargo del Niño, consejos sapientísimos, sermones patéticos con que te exhorta á la virtud. ¿Qué percibe tu olfato? Una fragancia divina de santidad que alegra, conforta y da vigor para imitarla; fragancia que deleita infinitamente al Eterno Padre y que recrea á los ángeles. ¿Qué gustas? ¿Qué tocas? ¡Oh Jesús divino! Aviva y perfecciona los sentidos de mi alma para que perciban todo cuanto pasa en torno vuestro, y que sean recreados con lo que Vos os recreáis, y sientan pena y disgusto de lo que á Vos disgusta. Penetremos dentro de nuestro corazón y examinemos sus inclinaciones con cuidado. ¿Qué desea? ¿En qué se complace? ¿Siente en sí los afectos del divino Jesús? ¿Qué le pide en estos momentos este amantísimo Señor? Escuchemos la voz interior de nuestra conciencia, y propongamos complacerle; y para esto, pidámosle su divina gracia y todo cuanto deseemos obtener.

40.—BUEN USO DEL TIEMPO.

PRELUDIO 1.º Representate al tiempo á manera de un caudaloso río, que corre á precipitarse en la eternidad, apareciendo unos hombres y hundiéndose otros, y estando todos en la mayor agitación y continuo movimiento.

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de saber aprovechar el tiempo.

Punto 1.º Incertidumbre del tiempo.—Considera cómo uno de los motivos que arrancan lágrimas á Jesús recién nacido, es el abuso perniciosísimo que los hombres hacen del tiempo que el Señor les concede para negociar su salvación. Un nuevo año ha pasado, y si das una mirada retrospectiva á lo que durante él has hecho, con lágrimas habrás de confesar que fuiste árbol infructuoso, y que, en vez de dar buenos frutos de virtudes, has dado agraces de vicios. ¿Para cuándo confías en ser prudente y trabajar en tu negocio capital? Pondera que el tiempo de tu vida es incierto, y la seguridad que te forjas no es más que una ilusión diabólica; es el enemigo que te dice lo que á los primeros padres: «No morirás¹». Millares de millares de personas de toda edad, estado y condición han fallecido durante este año; casi todas esperarían vivir más tiempo; muchas confiarían llegar á ver el fin del año que comenzaron, y sus esperanzas se han desvanecido. ¡Con cuánta razón ha dicho el Espíritu Santo² que el hombre no sabe cuándo será su fin! ¡Cuán cierto es lo que asegura el Apóstol³, que el Señor vendrá como un ladrón, de noche! ¿En qué puedes fundar tus esperanzas de vida, si no aprovechas la que Dios te concede? ¿En la experiencia? Ella te dice que la muerte nada respeta y á todos iguala, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, reyes y vasallos. ¿En la razón? Ésta te dicta que el Señor es dueño de la vida y de la muerte, y puede enviarla cuando quiera; y si eres higuera infructuosa, tienes más motivo para temer no te diga⁴: «Por qué ocupas la tierra?» y te arranque de ella. Mira cuán insensata es esa seguridad que te imaginas, creyendo que podrás evitar un mal del que ahora no haces caso. El Juez⁵ rectísimo, severo, inexorable, puede salirte al encuentro. Si falla tu causa, pierdes en un instante tu salud, tu vida, tu fortuna, tu eternidad. En tus oídos resonará aquella formidable voz que dice⁶: «Ya no hay más tiempo». Debajo tus pies se abrirá el pozo del abismo, y quedará para ti cerrado y sellado eternamente. Y ¿menosprecias el tiempo que Dios te da para evitar tales males? ¿Y no procuras aplacar al Juez, llorar tus pecados y hacer buenas obras? ¡Oh Dios eterno! Vos sois siempre el mismo⁷, y vuestros años no se menoscaban, mientras que mi vida va

¹ Gen., III, 4. — ² Eccli., IX, 12. — ³ I Tess., V, 2. — ⁴ Luc., XIII, 7.

⁵ Jac., V, 9. — ⁶ Apoc., X, 6. — ⁷ Psalm. CI, 28.

siempre acompañada de incertidumbres y temores, y está rodeada de peligros; concededme que aproveche en vuestro servicio el tiempo que me dais de vida, para que en la muerte encontréis llenos¹ mis días y me coronéis con vuestra misericordia.

Punto 2.º Brevedad del tiempo.—Considera en este punto la brevedad de la vida, de la cual con razón dice Santiago² que es como un vapor que se levanta y al instante se disipa. Vuelve los ojos sobre tu vida pasada; y ¿qué piensas de ella? ¿No te parece que en un instante se pasaron los años de tu niñez y adolescencia? ¿Qué te queda ya de ellos? ¡Ah! Toda carne es heno³, y su gloria es como la flor del heno; secóse el heno, y cayó su flor, y nada queda ya de él. Este es tu fiel retrato. Y aun en este poco tiempo de que dispones, apenas hallas ocasión para atender á tu negocio más importante. En la niñez no eras capaz de pensar en cosas tan serias; en la vejez, la debilidad y el peso de tus años te oprimirán, y necesitarás todo el tiempo para conservar tu cuerpo que se irá desmoronando. Actualmente has de emplear la mayor y mejor parte del tiempo en el descanso, alivio ó alimento del cuerpo; y si algo haces por tu alma, es tan poco, que apenas se echa de ver. Los vicios crecen, las virtudes desaparecen, los pecados se aumentan, y la penitencia no se conoce. Y, sin embargo, este es el único y breve tiempo de que disfrutas para preparar tu eternidad; y si no lo empleas bien, pasarás perpetua y cruel hambre. Reflexiona la velocidad con que va pasando el tiempo. Mis días, decía el santo Job⁴, huyen con más celeridad que un ligero jinete, y se precipitan veloces como el águila cuando se arroja sobre la presa. Un momento empuja á otro, una hora á la otra, y un día á otro; se te da un momento de tiempo, y al instante quedas privado de él; viene y huye, ahora lo tienes, y mientras estás hablando lo pierdes. Usa de él, por tanto, y aprovéchale mientras pasa. El fruto que reportarás aprovechándole, será infinito y eterno, el daño que te causarás abusando de él será también infinito y eterno. Si tan breve es el tiempo, ¿por qué lo gastas inútilmente? ¿Por qué no lo empleas en lo que más te importa? ¿Por qué lo pasas en la ociosidad? ¡Oh Señor de mi vida! ¿Cómo habéis tenido tanta paciencia conmigo, que, viendo cuán malamente empleaba el tiempo, no dejabais de concedérmelo generoso? Yo he sido el mal siervo que no he negociado con vuestro talento; mi alma ha sido una virgen loca que se ha dormido cuando debía velar; pero ahora os pido, Señor, vuestra gracia, para que, empleando útilmente el tiempo, aporte feliz á vuestra gloria.

Punto 3.º El tiempo perdido es irreparable.—Considera aquí cómo la pérdida del tiempo es una pérdida irreparable, porque el tiempo que ha pasado, ya no vuelve, y lo que podías ganar en él, ya se te ha hecho imposible. Así como las aguas que se

¹ Psalm. LXXII, 10. — ² Jac., IV, 15. — ³ I Petr., I, 24. — ⁴ Job, IX, 25.

dirigen al mar pasan y no retroceden, así son los días de tu vida. ¿Qué te queda ya de tu niñez? ¿Qué de los días de tu juventud? Pasaron ya, y no volverán; y los días que entonces perdiste, para siempre serán perdidos. Podrás, en verdad, ahora darte prisa, adelantar la obra de tu santificación, ganar en poco tiempo por tu fervor lo que hubieras ganado en mucho tiempo sin él; con todo, el tiempo pasado ya no está en tu mano utilizarlo, y en tus ganancias actuales siempre hallarás que faltan las que pudieras haber hecho en el tiempo que perdiste. ¡Oh locura del hombre que así malgasta un bien tan inestimable como es el tiempo! Cada momento de él vale tanto como la eternidad, porque en él se puede perder ó ganar, y el hombre insensato se entretiene en derrocharlo. Pondera cómo si alguna pena pudiesen tener los bienaventurados en el cielo, sería esta: el haber dejado pasar sin provecho el tiempo, el no haberlo utilizado todo para acrecentar su gloria, para embellecer más su corona, el no haber aumentado sus méritos cuando podían hacerlo, y no poder verificarlo cuando quisieran. En el infierno mismo, uno de los pensamientos que más desesperan á los condenados, es el recuerdo de lo que podían hacer y no quisieron. Ellos dicen aquello de la Sabiduría ¹: «¿De qué nos aprovechó la soberbia, y el derroche de las riquezas qué bien nos hizo? Todo se pasó como una sombra, ó como una nave que surca los mares, ó como una saeta que hiende los aires, que no deja en pos de sí rastro alguno; así nosotros nacimos y desaparecimos del mundo sin dar muestra de virtud, y nos perdimos en nuestra malignidad.» ¡Oh dulcísimo Jesús!: Vos, sin yo merecerlo, me habéis dado un año más de vida, aunque sabíais el poco provecho que de él había de sacar; bendita sea vuestra misericordia infinita, y en cada instante querría bendecirla y alabarla con toda mi alma, porque cada momento es un nuevo beneficio que debo á vuestra bondad; por ella os suplico, Señor, gracia para no malograr el tiempo, antes aprovecharlo para gloria vuestra y bien de mi alma. ¿Cómo hemos pasado este año? ¿Qué virtudes hemos ganado en él? ¿Qué vicios hemos enmendado? ¿No nos acusa la conciencia de haber estado ociosos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh locura é insensatez humana! Sabemos y confesamos que el tiempo es incierto, que el tiempo es breve, y que su pérdida es irreparable; no ignoramos que este tiempo nos ha de servir para alcanzar una eternidad feliz; y, con todo, dejamos pasar los días en la ociosidad; sólo atendemos al cuidado de nuestro cuerpo, y apenas pensamos en lo que nos amenaza en cada instante. ¡Qué desgracia! Quien examine la vida de muchos cristianos, no podrá menos de pensar, ó que han perdido la fe, ó que han hecho pacto con la muerte, ó que Dios les ha asegurado una prolongada existencia. ¡Tan grande des-

¹ Sap., v, 8.

cuido tienen para lo que atañe á su eterna felicidad! ¿Puede este desorden creerse de nosotros? ¿Seremos nosotros de aquellos que ponen todo su conato en pasar alegre y deliciosamente la vida y en un momento bajan al infierno? Si damos una mirada al año que espira, ¡qué desengaños! ¡qué enseñanzas! ¡qué avisos tan saludables podremos aprender! Muchos hubo que lo principiaron alegremente; vastos proyectos embargaban su mente; insaciabiles deseos ocupaban su corazón; grandes esperanzas alimentaban sus ilusiones. Murieron...; todo se desvaneció...; de su cuerpo sólo quedan unos huesos secos; sus almas, ¿dónde están? ¿Pues qué pensamos nosotros? ¿Cuándo trataremos de emplear bien el tiempo? ¿En qué cosas lo hemos de ocupar para que no tengamos que arrepentirnos? ¿Qué haríamos si en el año que va á empezar hubiésemos de morir? Abramos los ojos, miremos lo que más nos interesa, propongamos, oremos con fervor por nosotros y por todo el mundo.

41.—CIRCUNCISIÓN DEL NIÑO-DIOS.

PRELUDIO 1.º Al octavo día de su nacimiento fué Jesús circuncidado, dándonos ejemplos admirables de virtud, y mostrándonos el deseo de que nosotros nos circuncidemos espiritualmente.

PRELUDIO 2.º Representémonos á la Virgen consolando con tiernas caricias á su Hijo, que llora en la Circuncisión.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de imitar las virtudes de Jesús en su Circuncisión.

Punto 1.º Obediencia de san José y la Virgen á los preceptos de la ley.—Considera cómo, llegado el octavo día después del nacimiento de Jesús, determinaron los dos santos Esposos de circuncidarle, en cumplimiento de la ley, que ponía precepto de ello á los padres ¹. Pondera aquí la admirable obediencia de la Virgen y de san José, tan puntual y pronta; porque con saber que el divino Niño no estaba incluido en la ley general de la circuncisión, y que el cumplimiento de ésta le había de ser sumamente penoso y doloroso; con todo, en conociendo la voluntad de Dios, se someten con la mayor presteza y conformidad; porque ella ha de ser sobre todo; y estimábala tanto la Virgen, que, si fuera menester, ella misma, como otra Sefora ², tomara el cuchillo y circundara á su Hijo. Y aun algunos aseguran que ella le circuncidó; pero otros creen que fué san José; mas lo cierto es que ambos estaban aparejados para hacer todo lo que juzgaran ser más agradable á Dios. Mira luego la caridad y devoción de la Virgen, la cual, sin duda, quiso hallarse presente á este doloroso espectáculo; lo uno, para acariciar á su Hijo y curarle la llaga, como quien tanto le amaba; lo otro, para recoger la preciosísima

¹ Levit., xii, 3.—² Exod., iv, 25.